

ENTE Y SER EN PARMENIDES

María Angotta Lentini

La filosofía pre-socrática se nos presenta como el primer contacto especulativo que el pensamiento occidental tomó con lo real.

El griego del siglo VI a.C. concibe el universo como una realidad viviente que, desde sí, arranca la potencia de surgir, de desplegarse en múltiples apariciones, de permanecer en ellas; en el cosmos que se le manifiesta, el hombre intuye la *physis* la fuerza vital autónoma y primordial en la cual se da la naturaleza, por la cual se descubre el ente. Y en la intuición de la *physis* el presocrático halla la revelación primigenia del ser. Del ser en singular, uno y único, fundamento de los demás seres, *arché*, según lo definirá Anaximandro, de todo lo que es.

En los comienzos de su filosofar, el griego no se ha preguntado por su ser, sino por el ser absoluto. Todavía se vive a sí mismo como parte indiferenciada de la naturaleza viva: ríos y montañas son albergues de dioses, cielos y mares, animales y plantas son divinidades, y el hombre, el más débil, quizás, de los seres de la naturaleza, no ha experimentado aún la diversidad esencial de su propio ser, la individualidad personalísima que le confiere su razón. La *physis*, entonces, se le postula como el origen de todo lo real, como un elemento material del cual todos los entes participan: *physis* es el agua, o es la tierra, o es el aire.

Pronto, sin embargo Heráclito en la *physis* fuego eternamente vivo, reconoce una estructura racional, una ordenación armónica, la cual, obligando a los contrarios a converger, hace posible el engendro del ser: "Todo lo que es contrario se concilia y de las cosas más diferentes nace la más bella armonía, y todo se engendra por la vía del contraste" (1).

El fuego en sí, entonces, pugna de fuerzas opuestas que se entremezclan caóticamente, es posibilidad de ser, es elemento *sub-stante*, necesario del ser, mas no es el ser. Para que al ser sea, es necesaria la intervención de la *diké* de la justicia, la cual, no siendo ella tampoco el ser, sin embargo es la que dicta las leyes del ser, la que impone el encuentro de los contrarios y establece las proporciones que deben guardar en su acto de unión engendradora. Y es la Justicia la que define los límites de cada porción de fuego, de sub-stancia, diferenciándola, así, y poniéndola a la vez en contraste esencial con las demás porciones: "Es necesario saber que la guerra es común y la justicia contraste, y que todas las cosas se engendran por la vía del contraste y de la necesidad" (2)

Pero Heráclito, habla aquí de los entes, ya no del ser.

Con Heráclito el filósofo pre-socrático sale definitivamente de la etapa mítica, de la intuición del ser único que se desoculta en los entes, y se introduce en la historia del ente. Desde Heráclito el Ser dejará de ser sujeto de una vivencia del hombre y será transformado en objeto de un planteamiento lógico, de la necesidad puramente racional del pensamiento de reconocer un principio unificador y fundamental de lo real.

(1) Heráclito, frag. 8, Diels-Kranz.

(2), Heráclito, frag. 80, DK.

Desde ahora en adelante, la pregunta por el ser ya no indagará el "qué", sino el "cómo" del ser, inquirirá, a saber, la esencia de lo que es.

Parménides es, en mi opinión, el primero que, en sus indagaciones sobre el ser, discierne lúcidamente el dúplice aspecto del problema: el ser, en tanto tal, como objeto puramente inteligible, y el ser en tanto ente, como objeto real cognoscible y, por eso mismo, descriptible.

Al empezar la exposición del mito, la diosa se expresa así: "... te contaré... cuáles son las únicas veredas indagables con el pensar: la una "que es" y no es no ser; es un sendero digno de ser creído (pues marcha a través de la verdad): o bien la otra "no es" y necesariamente es no ser; la cual, yo te digo, es vereda completamente indigna de ser creída: pues ni siquiera es posible que conozcas al no ente" (3).

El *pensar*, por lo tanto, puede proponerse a sí mismo como objetos de investigación tanto el ser como el no ser. Su proposición quedará, empero, en la esfera de la conceptualización lógica, del planteamiento racional de una hipótesis de trabajo, sin implicar, con ello, su realidad ontológica.

Sin embargo, para el que se ha propuesto como meta el descubrimiento del principio unificador de todas las formas de la naturaleza, el pensamiento del no ser es "indigno de ser creído", pues es trillo impracticable y ciego, que cierra definitivamente el camino hacia la verdad.

La verdad, la *alétheia* es lo des-ocultado, lo des-encubierto, lo que desde el olvido de la ignorancia ha sido traído a la presencia del conocimiento. (4) Previa a la verdad entonces debe haber cierta ocultación u olvido que queda anulado por la indagación des-veladora.

Ahora bien, Parménides, como sus predecesores, se ha propuesto descubrir, ese algo, ese ser, que gusta de ocultarse tras las múltiples apariencias, *tá dolounta*, de las cosas. Las cosas, que se abren y se ofrecen espontáneamente a la mirada del hombre, que se manifiestan sin ambages en sus formas, no son falsas, esto es, no aparentan un ser del que no participan, y, sin embargo, no son verdaderas; en su presencia inmediata no hay misterio a desvelar; no se da, con respecto a ellas, ninguna clase de descubrimiento. La tarea de los mortales, que Parménides trata en la vía de la opinión, será, entonces, tan sólo la de describir las cosas, clasificarlas según sus "formas" y sus "potencias", darles un nombre "notable".

Sin embargo si el ojo de los mortales ignorantes se desliza sobre las superficies de los entes, saciándose de apariencias, la mirada inquieta del privilegiado que, impelido por la ley de la razón, comprende la insuficiencia de las cosas para justificar su realidad, trata de horadar las formas en busca del fundamento óntico, del principio que "colme la indigencia de las apariencias, el "por qué" y el "como" de la constitución y de la génesis de las cosas, la *alétheia* de lo real.

Objeto de la verdad no puede ser más que este mismo principio oculto, el ser. El no ser, al contrario, siendo negación absoluta de todo principio, vacío abierto y manifiesto que nada encubre, en el que nada se esconde, no es camino que conduzca a la verdad. Más aún; si por una parte el ser se oculta en cuanto tal, por otra se patentiza enmascarado en el ente, a través del cual el pensamiento puede intuirlo y postularlo como premisa lógica de todo razonamiento, el ente, a su vez, por estar fundamentado en el ser, posee la categoría de realidad objetiva y, por ello, puede ser objeto de conocimiento, objeto de una percepción sensible y de una aprehensión intelectual.

(3) 2,1 - 2,5, Diels-Kranz.

(4) Según lo han demostrado recientemente los estudios de Heidegger y sus discípulos, sobre todo Beaufret en "*le poème de Parménide*" (ed. P.U.F., París, 1955, pág. 11-12), en el término griego *alétheia* el *a* privativa anula la negatividad de la raíz, la cual aparece en el verbo *lantháno*, (ocultarse) o en el sustantivo *léthes* (olvido).

Si el ser no fuese, en cambio, el ente, reducido a la falsedad de la sombra, a la pura apariencia fantasmagórica, de ninguna manera podría ser conocido

Este planteamiento de Parménides es, a mi juicio, la primera formulación conscientemente metafísica (5) del problema del ser: el ser, en tanto ser, no puede ser conocido, sino tan sólo pensado concebido, en el plano exclusivamente lógico, como punto de arranque para cualquiera ulterior investigación sobre lo real, sobre lo que es; pero, a la vez, el pensamiento del ser *einai* para ser válido para constituir la "verdadera creencia" *pistis alethés*, debe enraizarse en el ente físico (*eón*) para luego trascenderlo y purificarlo en la postulación racional.

Parménides entonces, según lo muestra claramente el uso de los términos *einai* y *eón* permite establecer una distinción neta entre el ser y el ente. Del ser nada puede decirse, excepto que, "es y no es no ser", nada puede predicarse ya que siendo un ente de razón y no una realidad objetiva, no posee ninguna esencia descriptible. En este sentido, en mi opinión, afirma Parménides que pensar (*noein*) y ser (*einai*) son lo mismo. El pensar, que siendo acto positivo no puede darse en el no-ser, es pensar del ser, es el ser, fundamento óptico y sujeto lógico que expleta una actividad racionante y que, a la vez, incognoscible por carecer de esencia, no puede más que ser objeto de su mismo pensar.

Podemos afirmar, sin temor a vernos desmentidos, que Parménides, como más tarde la mayoría de sus exégetas, no comprendió el alcance de su propia afirmación, no se percató de que, al postular la identidad entre el pensar y el ser, reducía el ser, que hasta entonces había sido concebido como la *physis* común de todas las cosas únicamente a la esfera del hombre, del solo ente en el cual el ser se manifiesta como razón que se interroga sobre su propio principio y sus propios objetos.

Aunque de manera no explícita, con Parménides el hombre reconoce su individualidad ante las cosas, descubre la peculiaridad de su ser ante los demás entes no-pensantes, y empieza a preguntarse por su propio ser.

El ente:

Pensar y conocer no son lo mismo. Si el *noein*, como lo hemos visto, se da en el planteamiento lógico del ser, el conocer (*gignóska*) se realiza en la aprehensión de la esencia del ente por parte de un ente racional, es decir, por parte del hombre.

El pensar, la actividad racionante del ser, que se piensa a sí mismo y que no es más que el concepto primario, único e inesencializado, de la razón, Parménides lo expresa con el infinitivo del verbo, esto es, en aquella forma en la que la acción, expresada por el verbo, se cristaliza en un nombre válido universalmente, fuera de toda limitación temporal o personal. El conocer, al contrario, la actividad por medio de la cual, según su esencia particular, llega a aprehender la génesis, la constitución y el parentesco de los entes reales, no puede ser más que función relativa de un ente con respecto a otros entes, de un hombre, ni siquiera de todos los hombres, pues los ignorantes no conocen y son incapaces de hacerlo, en relación con las cosas. Y Parménides, que en los fragmentos restantes ha usado este verbo solamente una vez, lo conjuga, entonces, dándole una significación entitativa, determinada en el tiempo y en la persona: *oúte gár án gnoíes tó ge mé eón* (2,7).

A partir de 4,1 Parménides habla ahora de *eón* de lo que es, pero no todavía de los entes.

Una vez postulado el ser como único sendero transitable por la razón, busca en seguida el principio real en el cual se fundamentan los entes; indaga, pues, el "qué" y el "cómo" de la *physis*, cosa que vio muy bien Simplicio, el cual tituló el poema: *Parmenidon Peri Physeos*.

Parménides conoce los peligros del error: las cosas se muestran a la mirada del hombre no solamente diferentes, separadas, sino también contradictorias, y el mortal no vidente.

(5) Empleo aquí el término "metafísica" en su sentido más técnico y etimológico: *metá tá physiká*.

el que, encandilado por la apariencia, es incapaz de descubrir la *alétheia* del ente, no nota más que la ausencia de una cosa en la otra: a saber, nota que esta cosa *no es* tal otra. El no ser, que ya ha sido rechazado en la discusión precedente, “se hace presente con insistencia” al pensamiento. Pero es necesario vencer la tentación de la superficialidad, asentarse firmemente sobre la base lógica ya establecida, y afirmar la persistencia inquebrantable del Ente.

Lo que es, y es fundamento de los demás entes que en él se des—velan, no puede —no ha podido nunca, ni lo podrá— traer sus orígenes del no ser; no puede, ni ha podido, ni podrá, poseer una indigencia de ser que, inopinadamente, se colme por sí sola en un engendro sin fundamento. *La physis*, parece afirmarnos Parménides, es fuerza vital, pero su surgir autónomo, su manifestarse y permanecer en las cosas, no puede, ni ha podido arrancarse de una debilidad óptica. Si la Necesidad de la razón, la ley racional del ser, obliga este ente primordial a ser, pues no podría ser expresable si no fuese, ninguna necesidad ontológica habría podido en cambio forzarlo a pasar de un estado de vaciedad absoluta, de carencia óptica completa, al estado de ente real.

El ente es inengendrado, imprecadero. La poderosa Necesidad la exigencia ineludible del planteamiento lógico de la razón, mantiene al ente apretado entre las cadenas del ser, limitándolo en su posibilidad ontológica, haciéndole imposible el no ser. Por ello, el ente es completo, compacto, no es más aquí o menos allá, costreñido a permanecer en sí mismo y por sí mismo. “Y así permanece inmutable allí” (8,30).

Esta inmutabilidad del ente, sin embargo, en mi opinión, no implica la imposibilidad de un cambio entitativo, imposibilidad que, de ser real, degradaría las cosas a la categoría de falsedades ontológicas. Parménides emplea aquí el adjetivo *émpeдон* que, como primeras acepciones, tiene las de “estable”, “sólido”, “firme”, “fuerte” y, luego, también las de “inmutable”, “constante”, “asiduo”, “continuo”. *La inmutabilidad del Ente, de la physis*, se refiere a mi ver a la perpetua persistencia ontológica del ente, el cual no podrá pasar nunca del ser al no ser, sin que esta estabilidad, esta solidez del ente enraizado en el ser, se vea obligada a perdurar esencializada en la fijeza de unas formas inmutables.

El ente es compacto e *inquebrantable*: *akinetón* (8,38) Comúnmente, este adjetivo ha sido traducido por “inmóvil”; he preferido, no obstante, la otra acepción, que engloba a la primera, y que, además, la completa, la puntualiza en el contexto del poema: “el ente que con lo ente se toca” (8,25), que en iguales proporciones y con igual intensidad es mantenido por todas partes por la Necesidad—Ley—Razón, no puede ser separado por el pensamiento (4,2), no puede ser quebrantado en su compactibilidad, pues esto vendría a ser, por decirlo en términos sartrianos, un introducir la nada, como un hueco, en el corazón del ser.

“Así, será nombre para todas las cosas. . . nacer y perecer, ser y no ser, y cambiar de situación y mudar a causa del color aparente” (8,38—39).

Todos estos cambios, nos repite Parménides, son más que diferenciaciones esenciales, pero no ontológicas. Lo que es, inquebrantable y compacto, es realidad óptica única y lo es de igual manera para todo el acontecer cósmico. *El ente*, enmascarado en los entes, es lo que permite que cada cosa sea en tanto ente, esto es, que cada cosa pueda ser conocida y nombrada como lo que es.

Los entes:

El ente, entonces, como una esfera completa y sin resqueibros, no tiene indigencias, no tiene interrupciones de ser, no tiene vacíos. Todo en el ente es. No obstante, los mortales, los que no conocen la tendencia del ser a ocultarse, y, por ello, confiados en la realidad de las apariencias, no inquietan la verdad de las cosas, juzgan los entes tan sólo por su aspecto, manifiesto tanto como engañoso y se “inclinan a dar nombres a dos formas de conocimiento” (8,53).

“Dar nombres” a las cosas: el concepto resulta de un interés actual.

Pocos versos más arriba, Parménides nos ha dicho que el ente “será nombre para todas las cosas”, a saber, el ente determinará la verdad del nombre, y el nombre, a su vez, será el portador de la realidad del ente; el nombre revelará la esencia de las cosas, des—ocultará el ser que las fundamenta. Pero ahora, observa Parménides, son los hombres los que, engañados y no videntes, “dan nombres”, y, aún más, los dan tanto al ser como al supuesto no ser. Parménides parece haber tenido aquí una intuición poderosa, la cual, sin embargo, no pudo dilucidar, quizás a causa de las creencias que atenazaban su pensamiento: parece haber sospechado al menos que el nombre no es en sí y por sí portador del ser de las cosas sino del ser del hombre que las denomina para organizarlas, de manera subjetiva, en su propio mundo.

En el mundo de las apariencias, de lo patente y desoculto, los signos de los entes se presentan distintos. El mortal confiado estima a los opuestos solamente por su aspecto, creyendo hallar una oposición ontológica entre ser y no ser.

Al admitir separadamente como verdaderos los datos esenciales de cada ente, el hombre superficial ha llegado a considerar la noche como un *no—día*, la oscuridad como una *no—luz*: ha reconocido pues, el contraste que, según había afirmado Heráclito, define y esencializa todas las cosas, pero no ha sabido descubrir, trás él, el principio unificador que hace posible el ser de esos mismos contrastes.

El ente, empero, si bien puede manifestarse en entes contrarios que encubren su presencia ante las miradas resbaladizas de los ignorantes, admite cambios esenciales, permanece lo que es, firme en sí mismo, inmutable en tanto ente.

Así como “la mujer y el hombre mezclan al mismo tiempo las simientes del amor” (18,1) (y, recordémoslo, “el primero de todos los dioses concibió el Amor”, 13,1), y siendo entes ellos mismos y no dejando de serlo, se trasmutan en el engendro de un nuevo ente, así, en la esfera del ente redondo, del ente compacto, se dan múltiples cambios, pero desde el ente, hacia el ente, a través del ente.